



Bartolomé Blanco Márquez

Un joven mártir

“Yo soy obrero, he nacido de padres que también lo eran... Pero aclaremos conceptos: soy obrero y soy católico. Quizá a alguien eso de obrero y católico le parecerá un sofisma, porque da la impresión que todas las teorías modernas se fundan en que para ser un buen obrero es punto menos que indispensable ser anticatólico... Eso es un mito y una calumnia. ¿Por qué siendo obrero no he de poder ser católico? ...”.

Estas palabras las pronunció Bartolomé en plena virulencia republicana y ante unas elecciones cruciales, como veremos. Sabía lo que se jugaba en aquel mitin. De aquí que su discurso no se redujese a mera proclama electoral, a favor de un partido, sino era un testimonio de su militancia católica. Así, sin tapujos..., a sus 18 años se presentaba a cinco mil de sus paisanos.

¿Su carné de identidad

No puede ser más escueto: “Bartolomé... nació el 25 de diciembre de 1914; hijo de Ismael Blanco y de Felisa Márquez, en el pueblo de Pozoblanco (Córdoba)”. Un pueblo con visos de pequeña capital provinciana. Agazapado en las faldas de Sierra Morena, a 84 Km. de Córdoba, Pozoblanco, con sus 14.000 habitantes entonces, presume de ser la “capital” del Valle de los

Pedroches, en cuyo centro se asienta. Zona agrícola y ganadera, custodia como tesoro incalculable su amor a la cultura, al “bel canto” y, sobre todo, su tradición cristiana que se traduce en fecundidad de vocaciones eclesíásticas y religiosas. Preclaro ejemplo la Congregación Salesiana, que hoy alberga en su seno –entre salesianos y salesianas- unos cincuenta. La infancia y adolescencia de Bartolomé -transcurridas como su juventud en paz, casi bucólica, de su pueblo natal- quedará marcada por su doble orfandad, acaecida en pocos años. Al fallecer la madre, Bartolomé cuenta cuatro años. Con el padre marcha a vivir a la casa de sus tíos Antonio y Ana Blanco, “donde -en referencia de su primo- pasa a ser un hijo más en la casa, pues a la vez que yo, él decía “madre” a mi madre hasta que pudo inculcársele que era su tía ... (el pueblo siempre nos creyó hermanos)”.

“Era un niño inteligente”

Su formación se redujo a la básica, no haciendo “estudios regulares”, no consiguiendo “ninguna licenciatura”, ningún “título de estudios”. El sencillo relato del primo Antonio matiza: “Desde la escuela de párvulos a la de D. Faustino Tovar Angulo,... único maestro que tuvimos. Al poco tiempo de escuela Bartolomé comenzó a distinguirse por su capacidad; y el maestro, debido a su sabiduría, le dio el título de Capitán, que ostentó hasta que se puso a trabajar, pues ninguno pudo arrebatárselo. Este título se conquistaba por medio de un examen mensual de todas las asignaturas, y el que más puntos obtenía era el que lo conseguía. Bartolomé... fue siempre el primero, o sea, el capitán. A la edad de ocho años se presentó al examen de catequesis en la parroquia de Santa Catalina, ganando el primer premio, consistente en un cordero”... La gran tristeza con que abandona la escuela radiografía la comezón de saber que siempre le atormentará.

“Alma de joven... inquieta... anhelante de... conquista”

Los avispados trece años de Bartolomé parecen otear en frases aisladas pero significativas de las cartas precedentes –“sabré ser fuerte en la pelea que

se aproxima para mí”... “Cuando entréis en sociedad tendréis que luchar contra muchas asperezas”... –los signos de los tiempos. En ese lustro 1926-1930, en el que el espíritu religioso de Alfonso XIII siente a sus espaldas el firme poder ejecutivo de Don Miguel Primo de Rivera, puede España permitirse una tregua de respiro. Tregua nada más, porque las ideas más encontradas continúan surcando el suelo nacional.

“Yo soy obrero –les adoctrina-... he vivido y vivo el ambiente de actividad, de estrechez y de trabajo de las Clases humildes, siento correr por mis venas una protesta, una enérgica protesta, contra quienes creen que no somos hombres como ellos porque tuvimos la desgracia (quién sabe si la suerte) de nacer de la pobreza, de usar blusa y tener las manos ásperas y callosas”.

Base al testimonio evangélico del trabajo, los testigos perfilan su fisonomía espiritual sobre la bondad hecha piedad y entrega. Sencillamente, era un joven de un cristianismo vivido a la medida y molde de su tiempo.

“Mi alma de joven, siempre inquieta, siempre anhelante de lucha y de conquista se rebela contra esa pereza suicida de quienes esperan el hombre providencial que lo haga todo, que lo resuelva todo, que les devuelva todas las comodidades y despreocupaciones de que gozaban; y eso, Señores, es vivir de una quimera... Aquellos tiempos han pasado y han sobrevenido otros; hay que despertar de ese sueño hipnótico y mirar a la realidad. Y esa realidad...”.

Enamorado ... también cristiano

Bartolomé ha dejado constancia en su discurso de cómo hubiera vivido su vida matrimonial – unida, indisoluble, cristiana -, y su responsabilidad educativa para con los hijos. Entre los testigos, que a la quinta pregunta del interrogatorio indefectiblemente responden “era célibe”, he esperado anhelante uno que prosiguiese... “Y yo era su prometida”. Porque Bartolomé la tenía, por más que nadie haga referencia. Su personalidad ha quedado en el anonimato,

mas no su nombre, su bello nombre, pronunciado por Bartolomé en dos momentos cruciales, desde la prisión; “Querida Maruja”... “Maruja mía”... “Maruja de mi alma”... Y a continuación – no olvidemos es la noche anterior a su fusilamiento – sintetiza la vivencia en Cristo de su noviazgo, que ha cuidado – parece recordar el art. 2 – “el crecimiento humano y cristiano de ambos” y ha fomentado “el afecto mutuo y la oración en común”.

“Maruja de mi alma: Tu recuerdo me acompañará a la tumba y mientras haya un latido en mi corazón, éste palpitará en cariño para ti. Dios ha querido sublimar estos afectos terrenales ennobleciéndolos cuando nos amamos en Él. Por eso, aunque en mis últimos días Dios es mi lumbrera y mi anhelo, no impide para que el recuerdo de la persona más querida me acompañe hasta la hora de la muerte... Sé fuerte y rehaz tu vida, eres joven y buena y tendrás la ayuda de Dios que yo imploraré desde su Reino...”.

Al ser trasladado de la cárcel de Pozoblanco a la de Jaén, ya le había enviado esta breve pero sentida misiva:

“Querida Maruja: Como te quise siempre, te querré hasta el momento de la muerte. Dios me llama; Dios me llama a su lado y a Él voy por el camino del sacrificio. No culpes a nadie de mi muerte; perdona en nombre de Dios como Él perdonó y yo también perdono. Sé feliz y procura sobre todas las cosas la salvación de tu alma. Hasta la eternidad. Tu *Bartolomé*”.

Respetamos el silencio de la respuesta amante de “su” Maruja. Su dolor, sin duda, prefirió permanecer en el anonimato por pánico a profanar un amor en Cristo que supo ser más fuerte que la muerte... ¡Hasta la eternidad!...

Prisionero

Ingresa en la prisión Provincial de Pozoblanco el 18 de agosto de 1936. Inaugura la vida carcelaria con el obligado interrogatorio, formulado por un Comité y dos testigos, sobre su identidad, actividades, tenencia de armas, etc...

Bartolomé desde “las primeras declaraciones... no negó nada”. Suspendida la sentencia, queda en reclusión. Sin más, presiente “lo que había de sucederle; comprendía el alcance del movimiento revolucionario marxista y jamás abrigó la esperanza de poderse salvar... a más del convencimiento de que por este camino era más segura la salvación”. Lo demuestra, junto con la misiva a su “querida Maruja” ya transcrita, la despedida a sus familiares al abandonar la cárcel de Pozoblanco:

“Queridas tías y primos: Os llegarán noticias de que me llevan a Jaén. Aunque no conozco a fondo los propósitos que tengan, los considero pésimos. Mi última voluntad es que nunca guardéis rencor a quienes creáis culpables de lo que parece mi mal. Y hablo así porque el verdadero culpable soy yo, son mis pecados que me hacen reo de estos sacrificios. Bendecid a Dios que me proporciona ocasiones tan formidables para purificar mi alma.

Os encomiendo que venguéis mi muerte con la venganza más cristiana: haciendo todo el bien que podáis a quienes creáis causa de proporcionarme una vida mejor. Yo los perdono de todo corazón y pido a Dios que los perdone y los salve. Hasta la eternidad. Allí nos veremos todos gracias a la Misericordia Divina. Vuestro *Bartolomé*.”

En efecto, el 24 de septiembre es trasladado – “no sin incidentes”, anota el testigo – a Jaén, ya que “durante el viaje querían quemarnos en el mismo vehículo”. A comienzos de agosto la cabida de la prisión provincial y de la catedral jienenses no dan de sí para albergar a las levas de presos que llegan a diario de todos los pueblos de la provincia. Excogitan el traslado de reclusos a la cárcel de Alcalá de Henares en el *trágico tren*, donde encontraría la muerte (12 de agosto) el prelado, monseñor Basulto. Uno de los huecos, dejados en la prisión provincial, lo ocupará Bartolomé por menos de una semana.

En la entrevista habida con el tribunal para cumplir las diligencias preliminares “confirma su posición anterior”. El tribunal, que, sin duda, ya conoce “el espléndido historial apostólico” del prisionero, ante su entereza “tiene para él palabras que intentan ser alentadoras..., y el Secretario, mientras

lo abraza, musita: “Camarada, qué buen chico eres, lástima que...”, adivinándose en este suspense... “que tengas que morir”. Testigos presenciales ratifican que “jamás lo insultaron, al contrario, lo trataron bien porque querían atraerlo hacia su causa por sus excelentes dotes”, y “habría podido recobrar la libertad de secundar las pretensiones de los jueces”.

§u testamento espiritual

Su mayor gozo y tranquilidad de conciencia a la vez en aquellos momentos... era que le reconocieran por un fiel servidor de Cristo, como procuró serlo en la vida. Y en aquella histórica circunstancia, dominada por el odio y la lucha fratricida, aflora, como radical actitud cristiana, el perdón. En Bartolomé chorrea por su pluma, por sus labios y, sobre todo, por su corazón. Los ecos testimoniales – para ellos (los que lo condenan) únicamente y siempre el perdón” – son mero tornavoz de su *Magnificat* al perdón cristiano. Ahí están sus dos cartas admirables escritas por Bartolomé la víspera de morir, con cadencias de testamento espiritual. La primera va dirigida a sus familiares, y la segunda – de la que ya conocemos algunos pensamientos – a su novia.

§u Viernes Santo

Se ha escrito con exactitud teológica que todo cristiano, fenezca cuando y como fenezca, muere siempre a las tres de la tarde de un Viernes Santo. Bartolomé es un ejemplo.

Sus compañeros de prisión han trasmitido los emotivos detalles de su salesiano “ejercicio de la buena muerte”: cambia sus vestidos con otros más pobres; va con los pies descalzos para semejar aún más a Cristo; al ponerle las esposas las besó con reverencia, dejando sorprendido al guardia que maniataba. A punto de partir – rito emocionante de la comunidad eclesial de “Villa Cisneros” – “nos levantábamos todos, los abrazábamos y nos despedíamos de ellos hasta la eternidad...”.

Me lo imagino a Bartolomé, camino de la muerte, sereno, ensimismado en la plegaria y en el recuerdo. Y recordando a los suyos en la carne, en la clase social y en el espíritu, musitar una vez más:

“Mi alma de joven, siempre inquieta, siempre anhelante de lucha y de conquista... mira a la realidad; y esta realidad pide trabajo y sacrificios... que han de ser reparación, que serán olvido de todo lo pasado y propósito firme de una vida nueva, sin la existencia de tantos egoísmos... (nacida) a la sombra de lo único sano que queda, del estandarte de la Cruz... Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia...”.

No ha dejado nada a la improvisación. Convencido desde su encarcelamiento del “desenlace... con frecuencia hablaba de ello – sugiere su cronista -. No temía la muerte, aunque sí le preocupaba el tener, al final, ante los milicianos, cualquier gesto que pudieran interpretarlo como debilidad o miedo”... “No aceptaría – le había repetido – recibir la descarga de espaldas y con los ojos vendados”... “Quien muere por Cristo – dijo a los milicianos – debe hacerlo de frente, con el pecho descubierto y los brazos en cruz. ¡Viva Cristo Rey!”, y calló acribillado en la postura “digna y varonil” por él tantas veces ensayada vitalmente. Era la madrugada del 2 de octubre de 1936. Los familiares, concluida la guerra, se preocuparon de cumplir su voluntad, trasladando los restos a Pozoblanco y colocándolos “en una tumba especial”.